

Amanecer árabe

Alí es rubio y de ojos celestes, de contextura mediana, ancho de hombros y con algo de panza. Sólo le bastó recitar a Ibn Hazm para enamorarme.

La fiesta estallaba de gente. Un amigo mío conocía al grupo de Alí y me habían invitado a mí también. Al principio dudé (pensaba estudiar para el parcial de Griego), pero me dejé convencer por Ramiro, me puse una pollera negra, una remerita de color y salimos. La noche se iba deglutiendo las casas. En el auto canturreamos *All you need is love* y un silencio nos separó hasta que llegamos a la fiesta. Estacionamos en la puerta de la casa; la cuadra se iba llenando de autos.

Le pregunté si había estado allí alguna vez, dijo que sí pero antes miró dos veces. Al tocar el timbre, Ramiro me preguntó si me pasaba algo. Fingí cansancio y esperé ver al famoso Alí, el hijo de árabe. La casa era de ladrillos, con altas rejas negras y un garaje descubierto. Desde el primer piso se escuchaban ladridos, sofocados por la música y las voces de la ventana que daba a la calle. La puerta se abrió y salió un hombre de unos veintiocho años, que sonrió cuando nos vio y se presentó como el anfitrión de la fiesta.

Sentí la futura caída. Olí el vértigo en el ambiente. Me metí en una discusión política en la que lucí mis conocimientos de economía y me convertí por unos minutos en la mujer más mirada. No me costó llamarle la atención a Alí, que durante el debate no me había quitado los ojos de encima. Ramiro se había sentado en uno de los sillones de pana y me miraba de lejos. Se refa. Discutir sobre política era mi mejor táctica para seducir a un hombre o derrotarlo, nadie me superaba en los sofismas, y él lo sabía.

Una hora más tarde la casa estaba llena



de gente. Había un par de abogados aburridos y una señorita de poco vuelo que no lograba mantener una conversación coherente por más de tres minutos. Más allá estaba el grupo de los intelectuales, que discutía sobre moral y teología en el poder, y más acá, el de los poetas. Alí era uno de ellos. Me sorprendió descubrirlo tan femenino como masculino. Dominaba las palabras y seducía con la voz; intuí que era un hombre de radio, cosa que confirmé más tarde cuando hablamos a solas. Estaba sentado en el centro y, con pocos ademanes, iba invitándonos a participar de la ronda, como llamaba él a esa extraña sucesión de anécdotas y poesías que había construido de la nada.

Había pocas mujeres y eso me sorprendió. En una pausa literaria, me levanté y fui a sentarme junto a Ramiro, que parecía estar aburriéndose. Tenía la camisa abierta hasta la mitad y los ojos extraviados. Verlo solo me hizo sospechar dos cosas: o no estaba de humor para compañía o estaba borracho. Una mezcla de ambas razones me consternó, ya estaba cansada de verlo así. Le dije al oído que me avergonzaba de él pero no pareció importarle, estaba flácido como una gelatina. En esa situación sólo el dueño de casa podría asegurar una velada tranquila.

Alí no se asombró tampoco. Juntos lo condujimos escaleras arriba y lo recostamos

en la cama de dos plazas del hijo de árabe. Ramiro cerró los ojos y rápidamente se quedó dormido. La charla con Alf al bajar las escaleras aclaró todo: varias veces había pasado lo mismo; en realidad, todas las veces que Ramiro había ido a una de sus fiestas, terminaba así. Ya en el living, nos sentamos juntos y por primera vez me sentí vulnerable. Aquel hombre de la sonrisa torcida me parecía oscuro y querible a la vez. Quise ser mujer de ojos rasgados y oler a desierto.

La ronda de poemas se renovó, y fue ése el único grupo que sobrevivió. Abogados y publicistas se fueron temprano, y los más jóvenes se fueron a bailar. Seríamos unos seis alrededor de Alf, música brasileña de fondo y la alfombra. Creo que nunca caí tan hondo, nunca me pasó que la piel me brillara ante una poesía. Creí en ese momento que todos lo notaban pero no, era sólo mi imaginación. Los ojos y el cansancio empezaban a vencerme y me hundí en la figura de Alf, en su fuerza, su carisma, su calidez. Antes de dormirme escuché la poesía más maravillosa del mundo y me quedé soñando con las entretelas del corazón y con amores puros y sin mácula.

A la mañana siguiente me sentí la peor. Me despertó la lívida claridad que entraba por una ventana sin persiana. A mi lado roncaba Alf, a medio vestir, sin camisa pero con los pantalones puestos y más allá, en la otra cama, con el rostro amarillo y morado, Ramiro. Al mirarlos dormidos tuve la sensación de estar de vacaciones, de la mañana dominguera del mar, de ese placer de despertarse temprano para escuchar las gaviotas. El aire olía a primavera y supe que haría calor. El perro empezó a ladrar y despertó a Alf. Fingí estar dormida y escuché sus pasos y su respiración inclinándose sobre mí. Con sus manos suaves me acarició los hombros y en un ronroneo me dijo que despertara. Amanecía. Me invitó a la terraza y nos sentamos a ver el sol. Ninguno habló: él porque no tenía qué decirme, yo porque no sabía cómo decirlo.

Nos despedimos. Prometió hacerse cargo de Ramiro. Volví a mi casa y escribí el poema que él había recitado en la reunión. Lloré el resto de la mañana y desde entonces no soy dueña ni de mis sueños ni de mis noches. Sólo conservo un amanecer en mi retina que no alcanza a borrarse y una voz de poeta. *No deseo de ti otra cosa que amor.*

